

V

EL POBLAMIENTO DURANTE EL BRONCE FINAL EN EL SUROESTE PENINSULAR

INTRODUCCION

Tras el estudio de las estelas en sí mismas, de sus figuraciones y de su relación con el espacio que las rodea, debemos pasar ahora al análisis de su contexto regional.

El primer hecho que hemos de constatar es que, aparte de las propias estelas, el registro arqueológico del Suroeste es muy parco durante este período, genéricamente dominado por la aparición esporádica y más o menos aislada de objetos de bronce relacionables con el Mundo Atlántico y, en menor medida, también con el Mediterráneo en momentos precoloniales. Por tanto, a la inexistencia, ya comentada, de un registro funerario tradicional se une un gran desconocimiento de las formas de vida y de las actividades económicas de la población, tanto las de subsistencia como las artesanales y comerciales.

En gran medida la lectura tradicional realizada de las estelas, aparte de rellenar el vacío de información funeraria, soslayaba esas deficiencias recreando la sociedad a partir de extrapolaciones sobre los materiales figurados en las mismas, avalando hipótesis que difícilmente podrían haberse sostenido únicamente con los datos arqueológicos extraídos de los yacimientos locales.

Por ello los siguientes apartados se van a dedicar al análisis de esos otros datos arqueológicos que pueden considerarse como el auténtico contexto, a nivel regional, de las estelas. En estas páginas nos centraremos en los aspectos relativos al poblamiento y la economía de subsistencia, y en los siguientes capítulos en las formas de organización social y de los intercambios y finalmente en la dispersión real de elementos metálicos, que constituyen el particular registro de la zona estudiada.

En primer lugar hay que hacer notar que junto a nuestro desconocimiento general respecto a estas cuestiones, planean además importantes diferencias regionales de información, e incluso de planteamiento de la investigación. Es por ello que resulta muy difícil establecer unos parámetros genéricos para referirse a todo el Suroeste, y lo que sabemos de una zona no es fácilmente extrapolable a las demás.

Una consecuencia lógica de esta laguna de conocimiento respecto de los patrones de poblamiento y las

condiciones de habitación de estos grupos humanos es el hecho de que las inferencias que podemos realizar sobre las actividades económicas, cotidianas o extraordinarias, por ellos realizadas son aún menores, ya que no hay prácticamente análisis polínicos, paleobotánicos ni faunísticos, y la falta de excavaciones en cierta extensión apenas nos ha proporcionado útiles ni áreas de trabajo sobre las que poder realizar apreciaciones de carácter general.

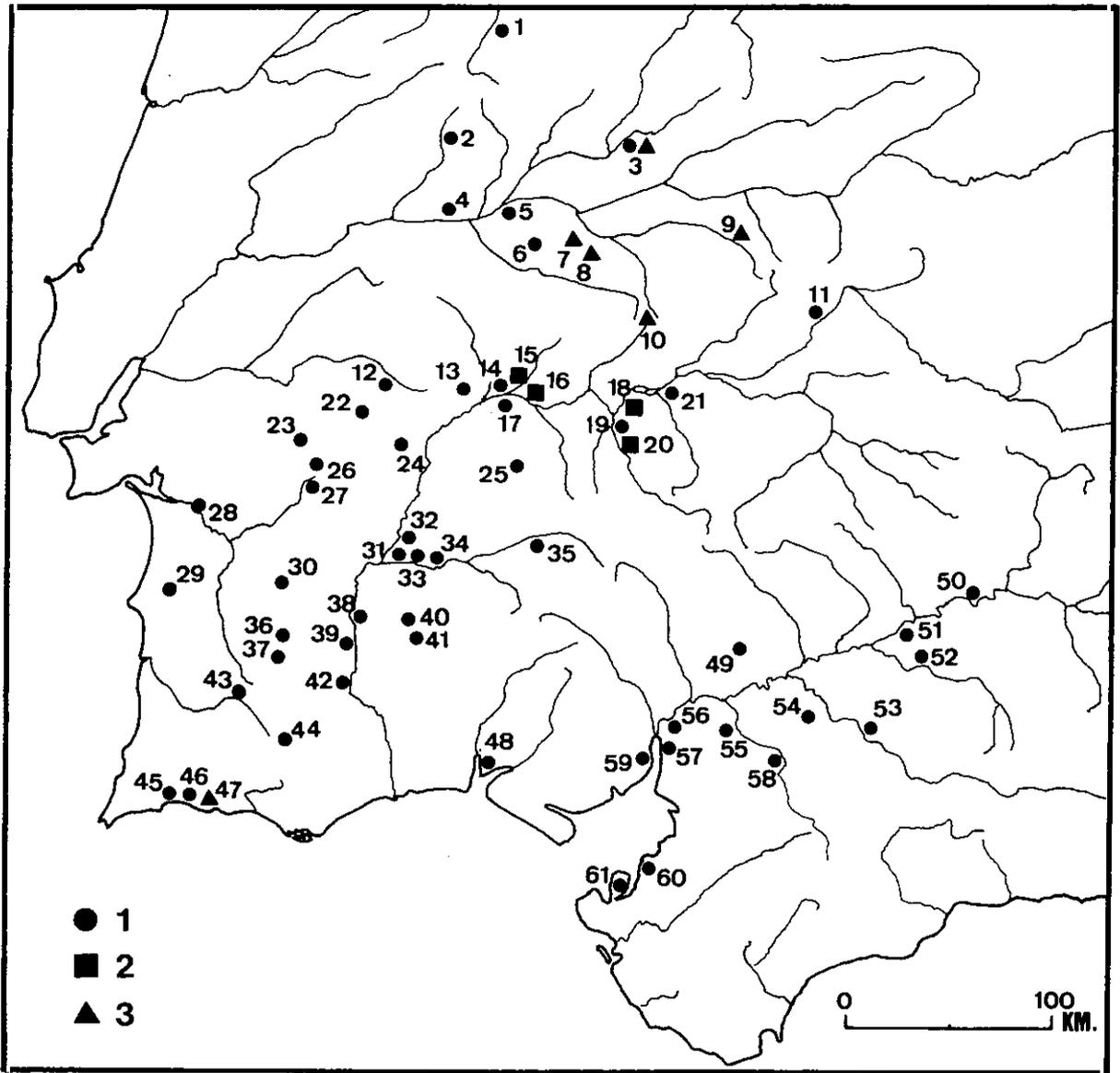
Pese a todo cabe situar al Suroeste dentro de la dinámica general del Occidente europeo en este período y del resto de la Península Ibérica. Apreciaremos así tanto regularidades como diferencias significativas, aunque matizadas por las ya aludidas diferencias de información en cada zona.

EL POBLAMIENTO DE LA FACHADA ATLANTICA Y DE LA PENINSULA IBERICA A INICIOS DEL I MILENIO A. C.

Si el poblamiento del Suroeste en este período nos es prácticamente desconocido, ello no es muy diferente a lo que sucede en otras regiones vecinas o relacionadas con ella. En toda la fachada atlántica europea el asentamiento estable de la población durante más de una generación está sólo ahora comenzando a conseguirse (Ruiz-Gálvez, 1991, y 1992a).

En otras zonas, sin embargo, el Bronce Final está aún marcado por la inexistencia de hábitats estables y arqueológicamente localizables. Así, a lo largo de la costa atlántica francesa, donde las cantidades de bronce localizadas indican claramente el poblamiento de la región, sin embargo carecemos casi completamente de datos para hablar del mismo (Burgess, 1991: 27) y los pocos yacimientos localizados en regiones tan significativas como Bretaña dan sensación de ocupaciones estacionales o, en cualquier caso, poco estables, en los que estructuras de cierta entidad u obras defensivas son casi desconocidas (Briard, 1991: 66-8).

Si nos centramos ya en la Península Ibérica observaremos que excepto en el Sureste, donde desde el Calcolítico cabe hablar de la existencia de lugares de poblamiento estable, que se continúa a todo lo largo de la



- | | | | |
|-----------------------------|----------------------------------|---------------------------|-----------------------------|
| 1. Rio Maior. | 17. Alcazaba de Badajoz. | 33. São Bernardo. | 49. Setefilla. |
| 2. Monsanto da Beira. | 18. Los Corvos. | 34. Serra dos Borrzeiros. | 50. Llanete de los Moros. |
| 3. Boquique-Valcorchero. | 19. Alange. | 35. Sierra de la Martela. | 51. Colina de los Quemados. |
| 4. Monforte de Beira. | 20. Atalaya de Zarza. | 36. Castro de Mangancha. | 52. Ategua. |
| 5. Cerro de la Muralla. | 21. Medellín. | 37. Neves II. | 53. Alhonor. |
| 6. Cabeza de Araya. | 22. Estremoz. | 38. São Bras. | 54. Ecija. |
| 7. Cueva de Maltravieso. | 23. Arraiolos. | 39. Crespa. | 55. Carmona. |
| 8. Cueva del Conejar. | 24. Alandroal. | 40. Mértola. | 56. Cerro Macareno. |
| 9. Cueva del Escobar. | 25. Nogales. | 41. Serra Alta. | 57. Sevilla. |
| 10. Cueva de la Era. | 26. Castelo do Giraldo. | 42. Passo Alto. | 58. Montemolín. |
| 11. Cerro de la Barca. | 27. Corõa do Frade. | 43. Nira. Sra. da Cola. | 59. El Carambolo. |
| 12. Veiros. | 28. Castelejos. Alcaccer do Sal. | 44. Mesa dos Castelinhos. | 60. Lebrija. |
| 13. Castro de Segovia. | 29. Cerradinha. | 45. Lagos. | 61. Mesas de Asta. |
| 14. Cerro de San Cristóbal. | 30. Outeiro do Circo. | 46. Portimão. | |
| 15. Santa Engracia. | 31. Ratinhos. | 47. Cueva de Ibn-Amar. | |
| 16. Sagrajas. | 32. Azougada. | 48. Huelva. | |

Elaboración propia a partir de datos recogidos por Almagro Gorbea, 1977; Belén y Escacena, 1992; Coffyn, 1985; Enríquez, 1989-1990; Júdece, 1988; Parreira y Monge, 1980; Pereira Maia, 1986; Ruiz-Gálvez, 1984; Schubart, 1975; Vaquerizo, 1990.
En el Valle del Guadalquivir se han localizado únicamente los yacimientos más significativos.

Fig. 14.—Yacimientos del Bronce Final en el Suroeste Peninsular: 1. Emplazamientos en posición elevada; 2. Emplazamientos en llano; 3. Cuevas.

Edad del Bronce con la cultura de El Argar, los datos de poblamiento que poseemos hasta el siglo X a. C., son fragmentarios y poco concluyentes, cuando no, simplemente inexistentes.

En *Galicia* los datos que actualmente se poseen indican una estabilización tardía de la población, que no habría comenzado sino en yacimientos como Torroso, ya en la transición entre la Edad de Bronce y la del Hierro, a lo largo del siglo VII a. C. (Peña, 1992), y no de un modo general. Por otro lado la existencia de yacimientos del tipo de Portecelo (Cano y Vázquez, 1988) datados propiamente en el Bronce Final proporciona una clara imagen de la inestabilidad en el poblamiento de la región y su correspondencia con una economía itinerante de base fundamentalmente agrícola (Peña, 1992).

En el *Norte de Portugal* se ha defendido un poblamiento continuado de algunos castros desde el Tercer milenio a. C. (Martins y Jorge, 1992; Jorge, 1990), lo que parece difícil de creer, habida cuenta la situación general de su entorno y el tipo de yacimientos sobre los que se quiere basar la argumentación (Ruiz-Gálvez, 1989a; 324-5 y 1991: 278-9 y nota 2).

Los cambios reales en el Norte portugués parecen haberse iniciado en la transición del II al I Milenio a. C., según parecen confirmar las fechas de Coto da Pena -980 ± 100 a. C. y 970 ± 110 a. C. (Silva, 1986: 34) y San Julião -890 ± 80 a. C. y 800 ± 60 a. C. (Martins, 1986: 159), que calibradas nos sitúan genéricamente en el cambio de Milenio (Carballo y Fábregas, 1991: 257 y 259) y la existencia de poblados como los sobradamente conocidos de Nossa Senhora da Guia en Baiões o Santa Luzia en Viseu (Silva, 1986).

Para el Centro-Sur de Portugal se han defendido paralelamente fechas similares para el inicio de un asentamiento estable localizado en castros (Burgess, 1991: 32), aunque Júdece (1988) las rebaja hasta el Bronce Final III (900-700 a. C.). Un análisis detenido de las pruebas en que se sustentan tales teorías deja ver importantes fallos, derivados de ese pretendido paralelismo con el Norte, como más adelante veremos.

En la *Meseta Norte española* el patrón de poblamiento de la cultura de Cogotas I parece claramente itinerante, y sólo empezará a fijarse a lo largo de la Edad del Hierro (Delibes y Romero, 1992). El poblamiento de la *Meseta Sur*, tras la cultura de las Motillas, nos es prácticamente desconocido, y en todo caso parece que influencias de la cultura de Cogotas I son detectables en la región (Blasco, 1992).

En conjunto, como puede apreciarse en este rápido repaso, parece que a inicios del Primer Milenio a. C. el Occidente peninsular, y de una forma más general gran parte de las regiones atlánticas europeas, pueden caracterizarse por la ausencia de una estabilidad y continuidad de sus asentamientos, con las repercusiones que pueden deducirse de ello para la comprensión de su estructura económica y social.

EL SUROESTE. DIFERENCIAS LOCALES DE INFORMACION

Como apuntábamos, las diferencias que aparecen en el registro arqueológico de cada zona del Suroeste ha-

cen pensar en un principio en patrones de comportamiento muy diferentes, que aparentemente estarían reflejando formas sociales y económicas netamente distintas, si bien dentro de ese marco general que hemos podido apreciar en el apartado anterior. Pero si se observa más atentamente el fenómeno, podremos advertir que en gran medida ello deriva de un problema de información (fig. 14).

El Valle del Guadalquivir, con su impresionante registro de época orientalizante e ibérica y el mito de Tartessos actuando sobre el conjunto de la investigación, es un área donde las exploraciones arqueológicas se iniciaron muy pronto y a gran escala. A ello sin duda ha ayudado la posibilidad de establecer secuencias estratigráficas inusuales en el resto de la Península, que a menudo se remontan al Bronce Final e incluso antes. Sin embargo, este interés por la estratigrafía y la cronología relativa ha llevado a que hoy conozcamos numerosas secuencias, pero las excavaciones en extensión sean casi inexistentes. Así, casos paradigmáticos como los de Setefilla, Montoro, Colina de los Quemados o los Cabezos de Huelva, nos proporcionan una indispensable base para la seriación y datación de la Protohistoria del Valle del Guadalquivir, pero para cada período en concreto los datos de urbanismo, habitación o economía son aún muy dispersos y fragmentarios (Belén y Escacena, 1992).

En la *Extremadura española*, y con excepción del yacimiento de Medellín, las escasas excavaciones realizadas no han proporcionado siquiera información secuencial suficiente para establecer una cronología relativa regional firme, puesto que la mayor parte de los yacimientos inscritos en esta fase lo son por la aparición de tipos cerámicos foráneos (Cogotas I, Lapa do Fumo, retícula bruñida, pintadas tipo Carambolo), sin que se hayan definido claramente tipos locales correspondientes a este momento. El ya citado yacimiento de Medellín proporciona únicamente información como la andaluza, sin datos de hábitat u organización del mismo. Es por ello que en gran medida la secuencia regional se apoya ineludiblemente en los datos existentes para el Valle del Guadalquivir (Almagro Gorbea, 1977: 136-49).

Por otro lado muchos de los presuntos yacimientos citados en la bibliografía especializada parten de hipótesis no comprobadas, pues de lugares como Magacela o Cogolludo no se conocen materiales de este período, aparte de las estelas epónimas, que poco aportan a la discusión. De algún otro yacimiento se cita la realización de excavaciones no publicadas, caso de Sagrajas y de Cabezo de Araya (Enriquez, 1990; 74-5), por lo que seguimos dependiendo exclusivamente de los hallazgos metálicos para realizar atribuciones cronológicas y culturales siempre arriesgadas.

A ello hay que unir el hecho de que en la Alta Extremadura gran parte de los yacimientos conocidos son cuevas, mientras que en la Baja Extremadura el predominio corresponde al asentamiento en altura, e incluso se ha creído ver una cierta complejidad en el patrón de poblamiento alrededor de Badajoz y el curso del Guadiana (Enriquez, 1989-1990 y 1990; Enriquez y Domínguez, 1984), a la que más adelante nos referiremos.

En el caso del *Sur de Portugal*, nuevamente la población parece concentrarse en castros, sólo conocidos a partir de hallazgos de cerámicas bruñidas y objetos de bronce, en muy pocos casos excavados y, cuando lo han sido, con escasa proyección temporal, pues la mayoría son desocupados al finalizar el período o poco después. Se conocen también algunos yacimientos en cueva y en llano, como el de Neves II (Pereira Maia, 1986), localizado casualmente al excavar un poblado de la Edad del Hierro.

LOS GRANDES INTERROGANTES DEL POBLAMIENTO DEL SUROESTE

Con estas bases de partida, lo más que podemos intentar es caracterizar los principales temas en discusión respecto al poblamiento de la región durante el Bronce Final, para, a partir de aquí buscar sentido a la relación de estos datos con la existencia de las estelas decoradas.

Varias son las cuestiones que nos deberíamos plantear:

1. La diversidad zonal.
2. La inestabilidad del poblamiento.
3. El proceso de sedentarización.
4. Las estrategias económicas y de aprovechamiento del medio.

Una acusada diferenciación zonal

Una primera aproximación al poblamiento del Suroeste sorprende por la diversidad que presenta entre las diferentes áreas que lo componen. En efecto tanto el tipo de yacimientos como su ubicación y características difieren entre cada espacio, que a su vez muestra vinculaciones diferenciadas con distintos ámbitos culturales.

Si observamos la zona interior del Centro del Portugal (Beira Alta y Baja) y la Extremadura española, no resulta difícil establecer diferencias notorias con el Valle del Guadalquivir y aún con el Sur y zonas costeras de Portugal. Las diferencias en la investigación llevada a cabo en cada área afloran nuevamente:

— En el *Valle del Guadalquivir* la posibilidad de establecer amplias secuencias ha mantenido su interés hasta la actualidad (Belén y Escacena, 1992), aunque la información secuencial sigue todavía dominando y aplazando el estudio arqueológico amplio de cada período, y especialmente de los más antiguos, entre los que se encuentra el Bronce Final.

— En el *Sur de Portugal* los estudios generales han enfatizado la importancia del poblamiento en castros, puntos altos de control visual y fácil defensa (Parreira y Monge, 1980; Júdece, 1988), si bien ello parece más un reflejo del mundo del Centro-Norte portugués, con el que el Sur parece claramente relacionado, que una característica propia de éste.

— Por último en las *zonas del interior portugués y español* se produce una mezcla de influencias de las zonas

adyacentes, pero nuestro escaso conocimiento no permite establecer claramente su importancia relativa. Asentamientos en alto, poblados en llano y cuevas conviven aparentemente a lo largo de los últimos momentos de la Edad del Bronce, aunque nos resulta imposible establecer si con una funcionalidad similar o diferenciada entre sí.

El mismo problema que presenta la organización del poblamiento puede apreciarse en el campo de los materiales arqueológicos utilizados para definir su pertenencia o no a este período: Por un lado la aparición esporádica de objetos de bronce, pero fundamentalmente el registro cerámico:

— Al valle del Guadalquivir puede considerársele el núcleo de la *cerámica de retícula bruñida* (López Roa, 1977; Almagro Gorbea, 1977; Schubart, 1971 y 1975) sin entrar en la discusión sobre su posible origen. Paralelamente se desarrolla la *cerámica pintada tipo Carambolo* (Werner, 1990), alternativamente vista como un elemento introducido desde Centroeuropa o desde el Mediterráneo.

— En el Sur de Portugal la *cerámica de retícula bruñida externa o tipo Lapa do Fumo* ha ido adquiriendo progresivamente el carácter de un auténtico fósil director (Schubart, 1971; Parreira y Monge, 1980), suponiéndose un centro de desarrollo en el Centro-Litoral Portugués, en relación con la denominada cultura de Alpiarça, y una cronología paralela a la de la retícula bruñida interna, aunque tal vez con una menor perduración.

La decoración bruñida por ambas superficies no es tampoco extraña en el Suroeste, especialmente en la zona de contacto entre las dispersiones principales de los tipos anteriores, donde también son abundantes los yacimientos que presentan a la vez ambos tipos cerámicos (Schubart, 1975: Karte 38; Enríquez, 1989-1990: 48 y 52 y fig. 1).

— En el interior, y en Extremadura en particular, los materiales cerámicos refuerzan esa imagen de cruce de influencias que antes se señalaba. Por un lado está presente la *cerámica con decoración de boquique*, adscrita genéricamente en la región a Cogotas I, si bien es éste un aspecto en permanente discusión (Almagro Gorbea, 1977; Cerrillo, 1983; Enríquez 1988, 1989-1990 y 1990). Por otro existen también retículas bruñidas, internas y externas, y algún fragmento de cerámica pintada tipo Carambolo (en Medellín y Boquique-Valcorchero), si bien ya lejos de su ámbito de dispersión normal (Almagro Gorbea, 1977; Werner, 1990). También se consideran típicas las *cerámicas cepilladas* (Almagro Gorbea, 1977: 134-6), representadas tanto en la Alta como en la Baja Extremadura.

En general el panorama de su distribución es confuso, aunque se aprecia una tendencia a la concentración de hallazgos Cogotas I en la Alta Extremadura (Enríquez, 1990: 68) y de los tipos bruñidos en la Baja Extremadura, si bien aquí resulta difícil distinguir un área de retícula bruñida interna de otra que presente la decoración por el exterior (*Ibidem*: 76 y fig. 2), lo que puede considerarse otro indicio de que nos hallamos ante un área marginal de la dispersión de ambas.

En definitiva, el mayor problema de las zonas interiores reside en la ausencia de un material cerámico especí-

fico y propio, lo que hace que la datación de los conjuntos cerámicos se esté realizando en función de materiales aceptablemente fechados en otros ámbitos pero cuya representatividad aquí es discutible. Además existe el riesgo de que estamos incluyendo en esta fase sólo aquella parte de la evidencia arqueológica avalada por materiales foráneos, en tanto su ausencia acarrea dataciones excesivamente amplias e imprecisas.

En fin, como podemos apreciar ni las formas de poblamiento, ni los materiales arqueológicos permiten ver la región como una zona uniforme, sino que más bien parece existir una gran confusión en la definición cultural —empleando aquí el término en el sentido clásico de Childe— de buena parte del territorio.

Un poblamiento inestable en un momento de cambio

A nivel general, un problema fundamental es la caracterización de ese poblamiento tan diverso. Como vimos la fachada atlántica es un área de estabilización tardía, que en gran parte del continente se está empezando a producir sólo ahora.

En la mitad occidental de la Península Ibérica el *Centro-Norte portugués* aparece como la zona en la que los asentamientos se fijan en un momento más antiguo, fechable tal vez muy a inicios del Primer Milenio a. C. (Ruiz-Gálvez, 1991; Silva, 1986). Sin embargo, un proceso paralelo parece producirse no mucho después en el *Valle del Guadalquivir*, donde M. Belén y J. L. Escacena (1992) datan la aparición, en unos casos, o el resurgimiento, en otros, de muchos asentamientos a partir del siglo IX a. C., después de un hiatus general de poblamiento desde el Bronce Antiguo.

Sin duda a este proceso de estabilización territorial no es ajeno el papel desempeñado por ambas zonas en las redes de intercambios, entre el Atlántico y el Mediterráneo y entre varios focos productores de metal, durante el Bronce Final (Ruiz-Gálvez, 1986 y 1991; Silva, 1986; Sherratt, e.p.).

Para el resto de la región objeto de estudio las escasas excavaciones no permiten una visión clara y coherente, pero son suficientes para proponer determinadas características generales. Así, en el *Sur de Portugal* se ha estudiado principalmente el asentamiento en castros, a semejanza del modelo del Centro-Norte, como ya hemos dicho. Sin embargo, la transposición del modelo resulta arriesgada, pues si bien predominan formas cerámicas similares y los objetos metálicos prolongan los tipos característicos del Norte, los escasos estudios realizados no permiten concretar unos caracteres específicos para este poblamiento castreño de la zona meridional.

A este respecto basta observar que los sistemas defensivos artificiales que convierten a un poblado en alto en un auténtico castro, y frente a lo que sucede en el Norte, están muy pobremente representados. Sólo en tres casos se ha documentado la existencia de murallas, y en todos ellos no deja de haber problemas para aceptar su datación en este momento:

— *Corôa do Frade* (Arnaud, 1979) presenta un curioso sistema de amurallamiento que recuerda inmediata-

mente a los poblados fortificados calcolíticos de otras regiones peninsulares. La superficie excavada es muy pequeña, y a pesar de haberse realizado planteando cortes transversales a la muralla, la datación de ésta es difícil de establecer, debido a la escasez de materiales significativos. El excavador supuso la existencia de un único nivel de ocupación correspondiente al Bronce Final III (900-700 a. C.) si bien algún objeto, como la fíbula de doble resorte encontrada (Arnaud, 1979: 65-6), permite pensar en una cierta perduración durante la Edad de Hierro, sin embargo no muy larga dada la práctica inexistencia de cerámica a torno.

— *Outeiro do Circo* (Parreira, 1971-1975; Parreira y Monge, 1980) es un yacimiento conocido sólo por sus materiales de prospección y que presenta restos de varios momentos de ocupación, aunque el volumen de los correspondientes al Bronce Final es el más destacado. Aun cuando se ha supuesto por ello la correspondencia de su muralla a esta época es imposible afirmarlo con seguridad. Ambos poblados resultan importantes en tanto que sobre ellos se basan las teorías de una estabilización del poblamiento en castros a partir del Bronce Final III (Júdice 1988: 28), lo que resulta muy discutible a la luz de la parquedad de datos existente.

— *Passo Alto* (Monge, 1986) es un pequeño asentamiento en un espolón montañoso en el que en prospección se recogieron cerámicas bruñidas que llevaron a fecharlo en el Bronce Final. Realizada una excavación en el mismo, el resultado no pudo ser más decepcionante, pues apenas se hallaron materiales arqueológicos y en todos los casos amorfos y de datación indeterminable. Sin embargo, el sistema defensivo del poblado presentaba la peculiaridad de estar realizado mediante piedras hincadas, protección que se dató en el Bronce Final a partir de los hallazgos en prospección, porque la excavación ni siquiera permitió documentar las caras de la muralla. En cualquier caso las barreras de «caballo de frisia» parecen hoy mejor datadas en la Edad del Hierro (Esparza, 1986: 358-62), y el único caso cercano, el castro onubense de El Castillo, parece fecharse a partir del siglo IV a. C. (Belén, Escacena y Bozzino, 1991: 250), por lo que la fiabilidad que podemos conceder a la datación propuesta para Passo Alto es mínima.

El panorama es exactamente el mismo en la *Extremadura española*, donde no se han detectado fortificaciones en los poblados en alto junto al Guadiana ni tampoco en la cuenca del Tajo, habida cuenta que, al igual que en el caso de Outeiro do Circo, resulta imposible fechar la del Cerro de la Muralla, único caso conocido en la región. El resto del poblamiento localizado, cuevas en la Alta Extremadura y poblados en llano en la Baja, parece claramente al margen de cualquier interés defensivo (Enríquez, 1989-1990), como igualmente hay que pensar de los escasos yacimientos en llano o en cueva aparecen en el Sur de Portugal.

Para Extremadura, y en concreto para la ribera del Guadiana, Enríquez (1989-1990; 1990: 75 y 77) ha propuesto la posible existencia de una cierta ordenación jerárquica del territorio, en la que los poblados en alto ocuparían un papel principal y subordinarían a los po-

blados en llano circundantes. Esta hipótesis, sin embargo, suscita importantes objeciones. Por un lado parece claro que en zonas como los alrededores de Badajoz los yacimientos localizados, de haber sido coetáneos como se supone, interceptarían de una forma imposible sus territorios de captación, pues entre lugares como el cerro de San Cristóbal y el de la Alcazaba o el poblado en llano de Santa Engracia las distancias apenas superan el kilómetro, e incluso los un poco más lejanos como Sagrajas tendrían aún un amplio área de intersección.

Por otro lado si los poblados en alto ocupan la jerarquía superior cabría esperar que presentasen una secuencia más firme y los materiales más destacables. En este sentido parece significativo que el tesoro de Sagrajas apareciese en lo que parece haber sido un fondo de una cabaña en un poblado en llano. Parece improbable que tales demostraciones de riqueza estuvieran al alcance de cualquier habitante de la región y se diesen libremente en poblados teóricamente dependientes.

Por todo ello parece más aceptable pensar que los yacimientos o bien no fueron coetáneos sino sucesivos, o que el poblamiento era discontinuo en cada uno de ellos y se ocuparon alternativamente según las condiciones imperantes en cada período de asentamiento en ese área. En cualquier caso parece claro el interés por situarse en un importante cruce de caminos rodeado además de buenas tierras. Y es esa relación con las vías de comunicación de la región lo que explica la localización de poblados como San Cristóbal, Alange o Medellín en el Guadiana, y Cabezo de Araya o Boquique-Valcorchero en la falla de Plasencia, sin prejuizar por ello su estabilidad. Lo que si parecen representar es un interés por el control de esas vías, que sin duda durante el Bronce Final están viendo crecer el movimiento de personas, mercancías e ideas por ellas.

El mismo interés, pero seguramente en relación con un tráfico a mucha mayor escala, debe estar presente en la lógica que rige la localización de los poblados del Bajo Guadalquivir y Ría de Huelva una vez se reconstruye el contorno de la costa en ese período (Caro, 1989), que los convertía en puertos seguros y perfectas cabezas de puente para el comercio foráneo con las comunidades del interior y en vías para la exportación de los productos de éstas, es decir, en verdaderas comunidades de paso cuya rápida evolución las convertirá en centros del legendario Tartessos.

En este sentido al menos, tienen razón quienes ven el surgimiento del mundo tartésico como debido a un impulso externo (Belén y Escacena, 1992), aunque sea difícil definir en qué sentido y de qué dirección llegan esas influencias externas, si vienen desde un lado u otro del Estrecho y que productos se demandan en ese comercio.

Un proceso de sedentarización a diferente velocidad

A un nivel general sería muy interesante poder caracterizar con cierta precisión el proceso de sedentarización llevado a cabo por las poblaciones del cuadrante suroccidental peninsular. Por lo que a nosotros concier-

ne y centrándonos en el momento en estudio cabría hacer algunas consideraciones sobre las distintas zonas que componen la región y que parecen seguir desarrollos diferentes.

La *Extremadura española* y el *Centro interior de Portugal* (Beiras, Alto Alemtejo) no acusan un claro proceso de sedentarización hasta ya entrada la Edad del Hierro. Sólo en Medellín haya una secuencia que parece iniciarse hacia el 800 a. C. y tiene una continuidad a lo largo de todo el Primer Milenio a. C., sin que podamos establecer aún si el inicio de la secuencia representa ya como tal un indicio de estabilidad poblacional o ésta se inicia realmente después. En todo caso Medellín ha de ser entendido en relación con el desarrollo del Valle del Guadalquivir, con el que desde un principio parece ligado (Almagro Gorbea, 1977).

El resto de los materiales de poblados en alto junto al Guadiana no ofrecen una secuencia comparable, pues en el Cerro de la Alcazaba de Badajoz, el único excavado, no se han localizado niveles de Bronce Final a los que adscribir las cerámicas de ese período localizadas durante la excavación (Enríquez y Domínguez, 1984).

El *Valle del Guadalquivir* sí que parece presentar signos claros de sedentarización desde el siglo IX a. C. Aquí el problema reside en la notoria homogeneidad material y cultural que refleja este nuevo poblamiento, sin parangón en el registro de momentos precedentes, que muestran un posible hiato poblacional, cuyas características y razones restan aún por definir de una manera satisfactoria (Belén y Escacena, 1992). Con muy pocas excepciones los grandes núcleos surgidos en este momento proseguirán su vida en las fases siguientes, llegando hasta la romanización. El proceso ha sido bien estudiado en algunas áreas concretas, como los Alcores alrededor de Carmona (Amores, 1982; Amores y Temiño, 1984), siendo de destacar que el poblamiento, en la zona del Bajo Guadalquivir una vez traspasado el estuario creado por el *Lacus Ligustinus*, parece dar la espalda al río Guadalquivir, fuente sin embargo, de la mayor parte de los hallazgos metálicos de este momento, al igual que vimos sucedía con las estelas. Por el contrario a partir de la altura de Córdoba la localización junto al Guadalquivir parece ser nuevamente apetecible. Si esto es debido a condicionantes naturales (fácil encharcamiento de las zonas bajas y alto riesgo de enfermedades palúdicas) o preferentemente culturales puede ser discutido, pero en cualquier caso es trascendente a la hora de preguntarse por el papel del río como vía de penetración.

Para el *Sur de Portugal*, parece haber un cierto acuerdo entre los diferentes autores que trabajan en este campo en fechar el inicio del poblamiento de los castros en el Bronce Final III (900-700 a. C.), en consonancia con los hallazgos cerámicos y metálicos en los mismos (Arnaud, 1979; Perreira y Monge, 1980; Júdece, 1988; Burgess 1991). Sin embargo una mirada a la secuencia estratigráfica de estos yacimientos parece demostrar que no se trata realmente de un proceso de sedentarización, sino de una reorganización del poblamiento, móvil e inestable y muy mal conocido durante las fases anteriores de la Edad del Bronce (Júdece, 1988: 26).

En efecto, los pocos yacimientos excavados muestran muy poca estabilidad. Algunos son reocupaciones de lugares donde hubo asentamientos calcolíticos (Castelo do Giraldo, Sao Brás), y mayoritariamente se abandonan al comienzo de la Edad de Hierro. Otros, creados nuevos durante el Bronce Final tampoco perduran en la siguiente etapa (Corôa do Frade) o muestran un gran hiatus poblacional hasta que el lugar es reocupado durante la Edad de Hierro ya avanzada (Neves II) o época romana (Mangancha). Sólo en el castro de Segovia (Elvas) parece existir una cierta continuidad estratigráfica, si bien el nivel de base corresponde al Bronce Final y los siguientes niveles de la Edad del Hierro están datados en el siglo v a. C. (Júdice, 1988: 119-20), lo que hace dudosa una continuidad estricta en la ocupación del lugar.

Basta observar los mapas de distribución del poblamiento del territorio durante el Bronce Final (Júdice, 1988: map 7) y la Primera Edad del Hierro (Beirão, 1986: 52-3, carte 7) para darse cuenta que la transición a la Edad del Hierro supone en la región una nueva y profunda reorganización. En algunos yacimientos, como Neves II (Pereira Maia, 1986), a las frágiles y perecederas cabañas ovales del Bronce Final se superponen directamente casas con zócalo de mampostería y formas angulares, evidenciando los profundos cambios que se están produciendo.

Las bases económicas

La laguna de conocimiento existente respecto a este tema es aún mayor que en los casos anteriores, pues a la escasez de yacimientos excavados en amplias zonas del Suroeste se une la ausencia más general aún de análisis polínicos, paleobotánicos y faunísticos. Por ello, cualquier intento de proporcionar una visión general está obligado a aprovechar fundamentalmente los datos procedentes del Valle del Guadalquivir y extrapolar parte de los datos conocidos para el Norte de Portugal.

Globalmente la imagen que se tiene de la economía de la región es la de un carácter mixto con un peso determinante del sector ganadero. La inestabilidad del poblamiento ya expuesta incidiría en esa caracterización confirmando la importancia de la ganadería como recurso económico móvil frente a una agricultura más dependiente del lugar de asentamiento en cada momento, y siempre complementada por la práctica de una sistemática recolección, por ejemplo la de la bellota (Arnaud, 1979; Vázquez y Aira, 1988), y de la caza.

Si conjugamos esta visión con las características generales de la región en el aspecto geográfico y de aprovechamiento potencial nos daremos cuenta que, a grandes rasgos, coinciden con bastante precisión. Desde luego algunas hipótesis, como la de que la propiedad antigua estaría organizada en grandes latifundios (Júdice, 1988) parecen excesivamente anacrónicas, pero no lo es la consideración de peso de la ganadería completado por la explotación del cereal, base económica como ya se explicó de la dehesa que ocupa gran parte del espacio productivo del Suroeste aún en la actuali-

dad y para cuya existencia tenemos una primera confirmación en las series palinológicas obtenidas por Stevenson y Moore (1988) en la zona onubense, ya desde la Edad de Bronce.

Una caracterización más precisa sólo puede hacerse recurriendo a datos muy parciales o extrapolaciones de lo que se conoce para zonas exteriores al Suroeste. Así, para el Sur de Portugal se aceptan comúnmente, en virtud del paralelismo de formas de hábitat y de cultura material, datos extraídos de los yacimientos del Norte, como Nossa Senhora da Guia o Coto da Pena (Silva, 1986: 111-6). En ellos se han encontrado restos de trigo, cebada, mijo, habas y bellotas, algunas de ellas claramente cultivadas, como se deduce de la aparición de simientes. La ganadería está ampliamente representada: cerdo, ovi-cápridos, caballo y bóvidos, junto a especies cazadas como el jabalí o el ciervo. La pesca y el marisqueo están también presentes en áreas costeras.

Por su parte, directamente en el Sur de Portugal apenas tenemos documentada la existencia de simientes de cebada en Corôa do Frade (Arnaud, 1979), por lo que la contrastación real de estas suposiciones es imposible.

Para Extremadura los datos de fauna son prácticamente inexistentes, excepto los aportados por la excavación de Medellín (Almagro Gorbea, 1977) y los muy dudosos procedentes de la Cueva del Conejar. En Medellín parece existir un cierto predominio de los bóvidos a lo largo de toda la vida del yacimiento, si bien los restos asociados al nivel XVI, correspondiente al inicio del poblamiento del lugar son demasiado escasos para emitir un juicio válido a este respecto. El análisis realizado sobre los materiales del yacimiento de la cueva del Conejar en Cáceres carece de valor debido a la completa remoción que muestra el lugar, que además no todos están de acuerdo en fechar en este momento.

Una tónica similar a la de Medellín parece imperar en los yacimientos del Bajo Guadalquivir de los que poseemos referencia sobre sus restos faunísticos, como Setefilla (Estévez, 1983) o el Cerro Macareno (Amberger, 1985), donde los restos de bóvidos y ovi-cápridos aparecen en porcentajes muy similares en los niveles correspondientes a esta época.

En resumen resulta prácticamente imposible obtener una mínima certeza sobre la importancia de los diferentes sectores agro-pecuarios en la economía de este período en el Suroeste. Sólo la inestabilidad del poblamiento y las limitaciones que impone la tierra no especialmente rica de la región nos permiten hablar de una posible agricultura itinerante, forzada tal vez por la imposibilidad de estos grupos de mantener la fertilidad de la tierra (Ruiz-Gálvez, 1991) y a la que se han adaptado con un modo de vida seminómada, aunque genéricamente dentro de un mismo territorio tradicional.

Respecto a otros temas, como la explotación de los recursos mineros me remito a lo dicho en el Capítulo II. Sólo cabe destacar que, pese a las amplias posibilidades que las distintas zonas del Suroeste ofrecen en este campo, la información sobre su explotación en esta época es muy reducida y apenas en Huelva, zona marginal al desarrollo del fenómeno que estudiamos, parece haber tenido una cierta importancia (Blanco y Rothemberg,

1981; Ruiz Mata, 1989), y aún así muy incierta en momentos precoloniales para muchos de los posibles recursos explotables, como es el caso de la plata. Por otra parte la explotación de recursos más fáciles, como los placeres auríferos de la región del Tajo, sí puede haber sido efectiva en esta época, aunque no existen análisis que demuestren el origen en esta zona del oro empleado en la elaboración de los toques masivos que tan abundantes resultan en la región (Perea, 1991).

En resumen los datos económicos que podemos obtener actualmente del Suroeste están muy limitados por el escaso desarrollo de las investigaciones en algunas áreas y la diferente orientación de las mismas en otras, siendo desgraciadamente un campo en el que nuestra falta de conocimientos está condicionando la visión general que tenemos de la evolución completa de la región.

ESTELAS Y POBLAMIENTO: UNA RELACION DIFÍCIL

¿Cuál es entonces la relación que debemos pensar que se estableciera entre los asentamientos y las estelas? Desde un punto de vista tradicional —las estelas consideradas como marcadores de tumbas— hubiera parecido lógico que la localización de las necrópolis se produjese en las cercanías de los asentamientos. Nuestro general desconocimiento de los lugares de habitación explicaba que tal coincidencia no pudiese ser demostrada, pero sí generalmente aceptada de forma implícita.

Sin embargo actualmente, y pese a la persistencia de una gran laguna de conocimiento en este campo, dicha explicación debe ser revisada. Por un lado prospecciones recientes en la zona de la Sibera Extremeña (Vaquerizo, 1987 y 1990), donde se produce la mayor concentración de estelas, apenas han dado restos de habitación correspondientes a este momento. Por otro los escasos datos conocidos hablan de inestabilidad de la población y de itinerancia. Estos nuevos datos podrían adaptarse al esquema tradicional suponiendo que las estelas son monumentos funerarios visibles que, al igual que los megalitos, constituyen la referencia fija de grupos que viven a su alrededor. El problema es la inexistencia de los presuntos enterramientos y la falsa imagen de las estelas agrupadas en necrópolis, que en ningún caso se verifica realmente.

Desde la perspectiva que aquí proponemos la explicación de la falta de relación entre estelas y asentamientos es bastante diferente. A lo largo de los capítulos precedentes hemos ido perfilando una funcionalidad de las estelas como referencias visibles en un paisaje cada vez más organizado en forma de territorio por los grupos indígenas. Por su propia función parece lógico que estos momentos se encuentren aislados en puntos clave de los pasos de la región, allí desde donde son más fácilmente divisibles y significativas. Ello no excluye el doble valor de constituir también miradores, lugares desde donde controlar visualmente el paisaje y advertir al extraño de su pertenencia a un grupo determinado (Bradley, 1991).

Si enriquecemos esta visión con la coyuntura que, en el aspecto de la organización del asentamiento están sufriendo algunas zonas del Occidente peninsular en el cambio de Milenio o poco después, es posible que podamos explicarnos mejor tanto el origen de estas figuraciones como su falta de relación con los asentamientos en las regiones del interior.

Respecto a lo primero resulta interesante ver como las estelas se localizan fundamentalmente entre las dos zonas que están consolidando formas de asentamiento permanente, en un espacio intermedio donde tales cambios aún no se producen y el patrón de asentamiento itinerante parece no sufrir cambios relevantes hasta bien entrada la Edad del Hierro en algunas zonas. El hecho de que las estelas estén presentes en el Valle del Guadalquivir puede explicarse por la mayor relación de esta región con el resto del Suroeste, que implica que lenguajes simbólicos como las estelas tengan aquí también cierta relevancia, en todo caso sin comparación posible con el área extremeña. El espacio del Sur de Portugal, que brevemente parece emular las formas de asentamiento del Norte y del Guadalquivir también muestra un menor índice de participación en ese lenguaje, pero lo conoce y utiliza como muestran Ervidel II o Figueira.

Las estelas, desde esta perspectiva suplen el papel de control territorial que normalmente ocuparían los asentamientos, dada la escasa entidad de éstos. Es quizás por ello que su contenido nos resulta tan directo y accesibles: objetos de prestigio y armas, aquello que es conocido y compartido de una forma más o menos general por todos los grupos de la región y cuya sola visión genera ideas de potencia militar y poder superior, que a la vista de la realidad que estos grupos parecen mostrar en el resto de sus manifestaciones habría que considerar fundamentalmente propagandística.

En este sentido puede entenderse la falta general de relación existente entre estelas y yacimientos, si bien en zonas como el Valle del Guadalquivir, donde el asentamiento firme está comenzando esa relación parece existir realmente (Setefilla, Ategua, Torres Alocaz, Monteolín...), lo cual parece lógico si la función original de aquéllas es parcialmente la misma de éstos.

En otros casos parece posible pensar que la función de referencia de las estelas se desarrolle en zonas fronterizas, por lo que habría que pensar que su posición fuese intermedia entre áreas de ocupación de grupos diferentes. La estela de Granja de Céspedes, por ejemplo, queda en una posición intermedia entre los yacimientos que rodean Badajoz, de los que ya hemos hablado, y los estudiados por Júdece (1988) en torno al castro de Segovia, también con una ocupación poco definida correspondiente al Bronce Final, con cerámicas bruñidas tanto externa como internamente (*Ibidem*: 31 y 119). En ninguno de los casos los asentamientos parecen ser demasiado estables ni duraderos y las estelas podrían haber marcado una división del espacio que incluiría el territorio un grupo que se desplazase periódicamente por él.